

Pascua, anticipo de salvación

La Iglesia, desde los primeros momentos de su existencia, tuvo siempre en puesto preeminente el acontecimiento histórico de la Resurrección de Cristo y quiso hacer permanente su recuerdo en la celebración litúrgica del «día del Señor». Celebraban en él los cristianos, con Cristo resucitado, la nueva vida con que habían sido regalados. El Domingo se convirtió así en una repetición continuada de la Pascua. No obstante, anualmente, las solemnidades pascuales trataban de reproducir el clima salvífico del acontecimiento central del Cristianismo. Por eso, los cristianos se reunían en la expectación de «este día» y, entre plegarias y cantos, creaban el ambiente necesario para recibir de nuevo al Señor. Los misterios de la luz y del bautismo culminaban en la celebración eucarística, en la que el cristiano profesaba consumir su unión con Cristo.

Pronto la orientación de esta espera se encauzó hacia la «Parusía» o segunda venida del Señor, en la que tendrá cumplimiento escatológico y definitivo la Salvación. Era vivida a la vez como una realidad presente y actual, en la fuerza del misterio. El Reino de Dios se convertía simultáneamente en presente y en futuro. La Parusía representa la revelación final de aquella realidad histórica que ya existe. En su consumación definitiva, señala el punto en que la Historia se convertirá en Reino de Dios eterno. El contenido escatológico de la Parusía fue intensificándose con el desarrollo de las festividades pascuales. En ellas, junto con el misterio presente, el cristiano actuaba su gran esperanza. La celebración litúrgica terrestre se colocaba en continuidad con la celebración de la Muerte y de la Resurrección de Cristo, en presencia del Cordero en la Cena Pascual, en la Pascua definitiva.